



UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES. DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL.

Núcleo de Titulación I+D II: Relaciones Socioeconómicas y Luchas Sociales.

Trabajo social e intervención social: una apuesta desde el socioconstruccionismo

MONOGRAFÍA PARA OPTAR A GRADO DE TRABAJO SOCIAL

Estudiante:

Daniela Loreto Molina Navarrete

Docentes guía:

Caterine Galaz Valderrama

Lorena Pérez Roa

02 de marzo de 2020

Santiago, Chile.

“Pero los cambios no se hacen con proclamas, se hacen con la articulación de prácticas diferentes. Hablando, y solamente hablando, no se hace camino, se hace camino practicando nuevas formas de hacer, no diciendo que ‘hay que ser distintos’ sino ‘siendo efectivamente distintos’ en la práctica”.

Tomás Ibáñez, 1994.

“Porque de él y por él y para él son todas las cosas”
Romanos 11:36

ÍNDICE	
INTRODUCCIÓN	4
Contexto: intervención y proceso migratorio	4
Premisa y metodología.....	5
PROBLEMÁTICA	7
Diversidad como problema social: el caso del sujeto migrante.....	8
Intervenciones sociales en T.S: su rol en la construcción de las problemáticas.	10
Socioconstruccionismo, ¿Por qué?: su aporte para abrir al diálogo estas categorías de problemas sociales	10
DISCUSIÓN	12
Una apuesta alternativa desde el socioconstruccionismo.....	12
Intervenciones en trabajo social y “la” verdad: importancia de intervenciones situadas.....	16
Intervención y conocimientos situados	18
TRABAJO SOCIAL: un horizonte disciplinar cosmopolita.....	20
Trabajo social y el impulso crítico	20
trabajo social e intervención: un desafío desde el socioconstruccionismo	21
Nuevos horizontes son posibles: una reflexión disciplinar que apunte hacia una postura cosmopolita.....	25
REFLEXIONES FINALES	28
BIBLIOGRAFÍA	30

INTRODUCCIÓN

Contexto: intervención y proceso migratorio

Chile ha experimentado a lo largo de su historia diversos procesos migratorios que han afectado su conformación, en este sentido, en los últimos años ha demostrado vivir un aumento exponencial de la comunidad extranjera, pero no solo esto, sino que también se ha insertado firmemente en una comunidad globalizada, que le ha llevado a enfrentarse a nuevos idearios y desafíos en torno a cuestiones de inclusión y comprensiones interculturales de este fenómeno.

En este sentido, la globalización configuró los propios procesos identitarios de un contexto intercultural, los cuales se encuentran anclados en al menos tres pilares, en la idea de la interrelación, el conflicto y el poder. De manera que, hoy es evidente que se han puesto en escena el problema de la interconexión y de los flujos, de lógicas de movimiento imperante; trastocando con ello la idea de identidad, cultura, ciudadanía y por su puesto la de intervención (Álvarez, 2012)

Así, el aumento de población migrante en pocos años dejó en evidencia una resignificación de la migración hacia la idea de una problemática social de exclusión que debe ser objeto de intervención. De esta forma, desde la misma política pública se han gestionado intervenciones que responden a los propios idearios de esta categorización como *minorías* culturales y étnicas. En las que se ha apelado generalmente a la idea de integración basada en una asimilacionismo que habla de un proceso de adecuación del/la migrante a la sociedad de recepción en la que estos/as deben adquirir nuevos modelos de vida para hacer desaparecer aquello que le haga diferente al nuevo contexto de recepción (Retortillo, Ovejero, Cruz, Arias & Mangas, 2006).

No obstante, este tipo de integración ha sido cuestionada desde diferentes puntos, lo que ha significado la necesidad de observar la complejidad de esta situación desde otros enfoques. Así, en Chile se han abierto comprensiones más “progresistas” en las que la integración de la población migrante no pasa por la idea de la homogeneización de la sociedad, sino más bien por la aceptación y la promoción de la diversidad.

Sin embargo, a pesar de que en términos teóricos se busquen estos objetivos, en la práctica de intervención esto no siempre se ve reflejado, más bien, el uso de las nociones de “diversidad” en las intervenciones ha repercutido en una exacerbación de las diferencias culturales evidenciado en binomios como los “nacionales” / “no nacionales”, “ellos/otros” (Galaz & Yufra, 2016) que ha conformado un imaginario de alteridad. Lo interesante de esto es que lo que se logra ver en estos discursos es precisamente la existencia de comunidades políticas fracturadas internamente que continúan negociando los términos de sus propias identidades colectivas en el marco de los debates migratorios (Benhabib, 2005)

De esta manera, el cuestionamiento que surge es si deberíamos continuar pensando la migración en términos de alteridad, la cual repercute en la construcción discursiva del Estado nación o existe la posibilidad de pensar en un potencial subversivo de la migración y de los migrantes en la medida en que tensionan las certezas y redefinen con ello los contornos y los fundamentos del Estado moderno. Recordando que esto, se trata de

prácticas de control y resistencia que entran en juego en los actuales movimientos migratorios (Stefoni & Stang, 2017:120).

Así, siguiendo la investigación bibliográfica realizada por Stefoni y Stang (2017) quienes generaron una revisión de diversas investigaciones que han tematizado la migración en Chile los últimos años, podemos observar a través de sus principales conclusiones que, el modo en que se ha conformado la línea de trabajo sobre migración, mujeres y género ha contribuido en general a la construcción de la categoría de migrante como un sujeto vulnerable, en cierto modo acorralado en sus posibilidades de respuesta a esas vulnerabilidades y desigualdades estructurales, que pasan por pequeños gestos de agenciamiento en la precariedad (p.121).

En esta misma investigación y en, relación a lo anterior, resulta interesante la propuesta que realizan respecto de la relevancia de, reflexionar sobre nuestras herramientas conceptuales y metodológicas con una mirada prospectiva, la cual debería apostar por poner mayor atención a las luchas migrantes, sus deseos y expectativas, y en general sus subjetividades (Stefoni & Stang, 2017:121).

Es decir, no continuar reproduciendo la construcción simbólica de la categoría de migrante como sujetos carentes o dignos de intervención. Sino que, apuntar a recuperar, por ejemplo, la dimensión del deseo y el placer en relación a su cuerpo y su sexualidad en migración, los tiempos y lugares de disfrute, entre otros muchos temas que estas propuestas analíticas pueden hacer emerger, sin caer sin embargo en celebraciones ingenuas sobre las posibilidades de resistencia (Stefoni & Stang, 2017:121). O más allá aun, cuestionar en sí la categoría de “migrante” que, al seguir basado en una idea de estado-nación continúa repercutiendo en categorías sociales que construyen a las personas migrantes como una alteridad.

Tener en cuenta lo anterior, nos lleva nuevamente a reconocer que, en los espacios de investigación, pero también de intervención en social en la disciplina de Trabajo Social se juegan mecanismos de Gubernamentalidad. En este sentido, qué se interviene, es decir, qué sujetos son los dignos de intervención y por qué se interviene, están ligados a técnicas y personas expertas que tienen como objetivo adentrarse en las vidas de las poblaciones a partir justamente de una posición institucional legitimada socialmente. Es a través del ejercicio de poder, con regulaciones sutiles que se producen en el espacio de la intervención social, como se desarrollan dinámicas relacionales entre sujetos interventores e intervenidos (Galaz & Montenegro, 2015:3).

Premisa y metodología

Es a partir de lo anterior que, el tema que se pretende desarrollar en la monografía guarda relación con el desafío disciplinar del trabajo social en Chile, en cuanto al generar intervenciones situadas que se posicionen desde una comprensión cosmopolita de la sociedad, partiendo de la observación crítica de las mismas prácticas interventoras actuales.

Por lo que, se busca reflexionar en torno al cuestionamiento del ¿De qué manera el Trabajo Social continúa repercutiendo dinámicas de poder, a través de la construcción de

sujetos problemáticos desde las propias intervenciones sociales? Planteando así, como premisa que **“El trabajo social desde una perspectiva socioconstruccionista, tiene el potencial de gestionar intervenciones sociales que logren deconstruir discursos en torno a la construcción problemática de las diversidades”**. Permitiéndole esto, apostar por un horizonte cosmopolita de la disciplina de trabajo social, en el que se logre dar cuenta de una pluralidad de formas legítimas de vida.

Cabe aclarar en este punto que, a pesar de que esta apuesta refiere a abarcar las diversidades en general, para poder bajarlo a una realidad concreta, se referirá al caso de la población migrante y cómo se ha ido construyendo esta categoría por medio de las mismas intervenciones sociales.

De esta manera, parto de la comprensión situada de que el trabajo social y las intervenciones sociales que realiza, están inmersas en relaciones de poder jerarquizadas contextualmente. Siendo en estos mismos espacios de intervención en donde se construyen las categorías sociales con las cuales se trabajará, determinando así, qué es aquello digno de intervención o aquello que se comprende como “problemático” (Agrela, 2004). Teniendo lo anterior, la posibilidad de coartar y continuar perpetuando opresiones, exclusiones y no reconocimientos de los mismos colectivos que precisamente se pretenden incluir. O, por otro lado, (que es lo que se busca desarrollar) puede abrirse en temas de diversidad, al reconocimiento cosmopolita de una pluralidad de formas legítimas de vida.

Lo anterior, repercutiría en temas, por ejemplo, de diversidad como es el caso de la población migrante en el que estos no sean considerados sujetos problemáticos dignos de intervención per sé. En este sentido, el Trabajo social a través de las intervenciones sociales cosmopolitas vendrían a abrir la posibilidad de reflexión y atender a las dimensiones relacionales que construyen estas categorías con las que se interviene.

De manera que, para llevar a cabo esta reflexión monográfica se partirá desde un enfoque socioconstruccionista el cual se considera, nos brindará el sustento teórico para abordar las categorías sociales con las que se interviene y nos permitirá una deconstrucción de estas para así crear nuevos horizontes que apuesten por el reconocimiento de las diversidades y en este caso, de la población migrante no como un *otro problemático* que debe ser intervenido.

Así, tomando en consideración todo lo anterior, este trabajo no pretende referirse a un tipo de investigación en particular, sino que, a la noción de intervenciones sociales como tal. Sin embargo, como se planteó apuntará a hacer una apuesta por intervenciones situadas (Montenegro, 2001). Así, cobra sentido recordar que esta no pretende ofrecer una propuesta que sea concreta que se presente como “la verdad”, más bien este pretende ser parte del diálogo en torno a la construcción de la comprensión de las intervenciones en Trabajo Social.

De forma que, apunta a que la disciplina re-piense constantemente sus prácticas interventoras, los efectos que pueden tener estas y que los/as mismos/as trabajadores/as sociales puedan reconocer qué papel cumplen en la construcción de las mismas problemáticas existentes.

De esta forma, esta monografía se desarrolla a través de un trabajo investigativo conceptual, llevado a cabo por medio de una revisión bibliográfica en torno a los temas de Trabajo Social, intervención situada, socioconstruccionismo y cosmopolitismo.

Finalmente, este documento se estructurará de la siguiente manera, en una primera instancia, se pretende dar cuenta de la relevancia de la temática presentada, junto con desarrollar la premisa por la que se apuesta. En este ítem, por tanto, brevemente se detallará cuál es la propuesta que será el hilo conductor desde la cual me plantearé, a través de todo este diálogo conceptual. Por lo tanto, se trabajará en torno a los tres ejes principales que le sustentan, la diversidad como problema social, las Intervenciones sociales en T.S: su rol en la construcción de las problemáticas y una breve explicación de por qué se partirá desde el socioconstruccionismo.

A continuación, en un segundo momento, se abrirá el debate teórico en torno a cómo las intervenciones sociales pueden transformarse en mecanismos de gubernamentalidad en la que se clasifica a ciertos sujetos como dignos de intervenciones repercutiendo en lógicas opresivas. A partir de esto, se pretende abordar esta problemática a través del socioconstruccionismo logrando dar cuenta de sus aportes respecto de la comprensión de la construcción de los sujetos sociales a través de los consensos por medio del diálogo. En este, además, se apostará por un trabajo social que se abra a nuevas posibilidades de pensar y construir de forma participativa a los sujetos sociales, las intervenciones y a la misma disciplina.

Todo lo anterior, nos llevará finalmente a reflexionar en torno a un horizonte que desafíe a la disciplina a pensarse desde un posicionamiento cosmopolita que posibilite que diferentes formas de vida puedan ser consideradas en el diálogo que se construye desde las mismas intervenciones sociales.

PROBLEMÁTICA

Como se planteó previamente, la premisa por la que se apuesta en este trabajo monográfico se centra en observar al menos tres cuestiones que están íntimamente relacionadas y que se consideran fundamentales para el desarrollo de la disciplina en el contexto del Chile actual. En primer lugar, tenemos la idea de un trabajo social que parta desde una noción socioconstruccionista. En segundo lugar, la necesidad de poner el foco de observación sobre las intervenciones sociales que se llevan a cabo por parte de los/as profesionales en torno a las diversidades. Y en un tercer lugar, la cuestión de las construcciones sociales que llevan a comprender a la categoría del sujeto migrante como una problemática en las intervenciones sociales que realiza el trabajo social.

Así, a continuación, me permitiré desarrollar a qué refiere la línea argumentativa que plantea la premisa, la cual se llevará a cabo de manera invertida como se explicará a continuación. De manera tal que, se trabajará brevemente -ya que se ampliará la discusión en el desarrollo de este argumento- el cómo se definen los problemas sociales, específicamente en el cómo las diversidades y la migración han sido definidas como una problemática, para así pasar a desarrollar cuál es el papel del trabajo social y sus intervenciones en estas comprensiones y finalizar reflexionando respecto de las nuevas

posibilidades y horizontes que nos puede brindar partir desde una lectura socioconstruccionista de estas mismas configuraciones de problemáticas.

Diversidad como problema social: el caso del sujeto migrante

La pregunta que es necesaria abordar en este punto es precisamente el ¿cómo es posible conocer la existencia de un problema social? (Montenegro, 2002) o en el caso de este trabajo, cómo se determinó que los sujetos migrantes eran un problema social. Siguiendo lo planteado por Marisela Montenegro (2002) habría al menos dos posturas que han sido utilizadas para que estos sean definidos como tal, por un lado, cuando existen criterios objetivos de situaciones que podrían o deberían ser cambiadas y, por otro lado, cuando un grupo social relevante define lo que se considerará como un problema.

La primera opción sugiere que existe una observación objetiva de las situaciones que resultan problemáticas para lo socialmente aceptado, de manera que, algo se transforma en un problema cuando se aparta de esta norma, sin embargo, por lo general, quienes son considerados como problemáticos, rara vez tienen la posibilidad de participar en esta propia definición. La segunda opción, sugiere como necesario que para comprender que existe un problema social debe haber un grupo de personas que defina que algo les afecta, este grupo además debe tener influencia para llamar la atención de otros agentes sociales y finalmente, debe haber una posibilidad de que ese problema sea transformable (Montenegro, 2002).

Sin embargo, las dos opciones sugieren que estos problemas y condiciones sociales están en la realidad per sé y que, por tanto, es posible actuar sobre ellas y se puede tener conciencia de estas independientemente de quién sea el observador, en definitiva, el problema “existe” o es “real”.

El posicionamiento desde donde se situará esta monografía dista de las dos comprensiones anteriores, más bien, se responde al cuestionamiento previamente planteado, sugiriendo que no es posible conocer la existencia de un problema social como si este fuese algo predado o una realidad estable. Siendo así que, parte de la idea de que estas categorías sociales son parte de un entramado de discursos que la van configurando/ construyendo por medio de relaciones que suelen ser jerarquizadas.

Lo problemático de esto es que las mismas construcciones que se conforman socialmente y que construyen ciertas prácticas sociales como problemas tienen, efectos de verdad para nuevas construcciones y prácticas sociales (Agrela, 2004) que están circunscritas en relaciones de poder, pudiendo causar la opresión y exclusión de aquellos colectivos que se configuren como fuera de la norma.

De esta manera, se entiende que las categorías sociales son construcciones que se dan en momentos históricos específicos, las cuales pueden actuar como discursos que generan opresiones o exclusiones. No obstante, al mismo tiempo, si se comprende que estas se constituyen en el diálogo, tienen el potencial de configurarse participativamente para abrirse a nuevas categorías que logren reconocer y valorar las diversidades, que es a lo que se apuesta en este trabajo.

Así, podemos ver según lo trabajado por Stefoni (2011), la categoría de migrante está asociada a una idea de peligro latente para la sociedad en base a la construcción de un ideario de irregularidad. De esta manera, declara que a lo largo de la historia chilena ha habido cambios en cómo se entiende esta comprensión simbolizada en una amenaza,

“Durante los programas de colonización de fines del siglo XIX y principios del XX se trataba de inmigrantes indeseados, que corresponde a aquellos que llegaban sin vinculación con el programa de colonización; durante la dictadura se acentuó la idea de peligro bajo la forma de terroristas (comunista-marxista), mientras que en la actualidad la representación se asocia, más bien, a un problema social (bajo las imágenes de pobre-subdesarrollo-delincente). *Lo interesante es que en todas estas narrativas encontramos un punto en común, la de extranjero cuya sola presencia constituye una amenaza para el orden social, representación que encuentra terreno fértil en la reproducción de estructuras de discriminación y exclusión*” (p.81)

Esta explicación nos permite ver que las representaciones y construcciones simbólicas que se tengan de los sujetos afectarán finalmente en un plano material que pueden estar asociados a prácticas de discriminación y opresión, así como también en la reproducción de categorías basadas en lógicas de alteridad.

Sumado a lo anterior, Stefoni (2011) ya planteaba que esta forma de comprender a los sujetos migrantes en el contexto chileno enfrentaba un contrapeso importante con el desarrollo de avances en materia de derechos humanos universales que buscan atender esta “problemática”, lo que se basó en la implementación de programas sociales específicos que buscan resolver situaciones particulares de vulneración de derechos. No obstante, estos no logran ser suficientes para romper con la estigmatización construida en torno a la categoría del inmigrante, como tampoco son suficientes para romper con las estructuras de discriminación que comienzan a configurarse cada vez con mayor fuerza. Fue precisamente, en este contexto en el que se explica el desarrollo de una “política de la no política” la cual según la académica es una fórmula que permite navegar entre estas construcciones sociales, intentando mejorar situaciones particulares, sin cambiar el fondo del problema (p.82).

En este sentido, esta política de la no política está basada en una búsqueda por reivindicar las prácticas ancladas en la protección de los Derechos Humanos y, por otro lado, estos mismos programas responden a una representación del migrante como problema social, sujetos de discriminación y exclusión, con lo que se refuerza la idea de un extranjero distinto que no forma parte del colectivo nacional (Stefoni, 2011:83).

De forma que, estas contradicciones en la comprensión y las posteriores intervenciones que se realizan en torno a los sujetos migrantes dificultan el desarrollo de mejores estrategias que apunten a una integración y reconocimiento efectivo de las personas migrantes bajo una perspectiva de respeto y promoción de la diversidad. Sino que, por el contrario, apunta a promover medidas aisladas que buscan resolver problemáticas puntuales que se generan en este grupo, precisamente por la falta de mejores diseños y políticas migratorias en el caso de Chile (Stefoni, 2011).

Todo lo anterior, repercute en cuestiones materiales como, vulnerabilidad social, precariedad laboral, hacinamiento, entre otras, los cuales responden a leyes y políticas basadas en seguridad nacional las cuales dificultan el acceso a derechos. Es necesario comprender esto, puesto que, de lo contrario los programas sociales impulsados desde estas lógicas, olvidan las condiciones que generan estos problemas y corren el riesgo de responsabilizar a los propios migrantes de las condiciones de vulnerabilidad en las que viven (Stefoni, 2011:83)

En este sentido en razón a lo anterior la premisa comprende que las diversidades y la migración como categorías sociales, que son consideradas comúnmente -o por parte de los discursos que las mismas ciencias sociales como el trabajo social- como problemáticas o dignas de intervención, son categorías cuestionables o más bien están abiertas a la posibilidad de una constante deconstrucción para una reconstrucción (Kisnerman 1998).

Intervenciones sociales en T.S: su rol en la construcción de las problemáticas.

Lo anteriormente expuesto guarda relación con las intervenciones que se realizan a partir del trabajo social y el re-pensar estas mismas. Esto debido a que, se partirá de la noción de que las prácticas de intervención no son ajenas a lo que se considera el problema a intervenir, sino que más bien, son parte de un engranaje dentro de las relaciones de poder, las cuales actúan a través de conocimientos y técnicas expertas (Galaz, Álvarez, Hedrera & Becerra 2017).

En este sentido, este documento parte desde la comprensión de una perspectiva situada de las intervenciones sociales, es decir, se entiende a través de esta que en el juego de definir aquello que es digno de intervención se apuesta por una posición política que, por tanto, no es inocente (Montenegro, 2001). De manera que, el problema social no es algo pre-dado o preexistente, sino más bien, algo socialmente construido. En palabras de Montenegro (2002) "*Los problemas sociales son, entonces, histórica y contextualmente situados y, además son construcciones momentáneas y dinámicas*" (p.6).

Es por lo que, a partir de estas, tal como sugiere Agrela (2004) se genera la posibilidad de clasificaciones y distinciones entre las poblaciones que dan paso a la construcción de personas en tanto sujetos y objetos de las mismas. De manera que, estas resultan una forma de control de las vidas, a través de la generación de significados sobre distintos grupos que pueden estar vinculados o excluidos.

Observar la intervención desde esta perspectiva nos permite reflexionar en torno a cómo se posiciona el fenómeno migratorio en la agenda social o dicho de otra forma, cómo es interpretada la migración para que este llegue a ser vista como una problemática a intervenir.

Socioconstruccionismo, ¿Por qué?: su aporte para abrir al diálogo estas categorías de problemas sociales

Así, todo lo anteriormente trabajado se encuentra enmarcado por la corriente socioconstruccionista, la cual, desde el posicionamiento de esta reflexión, permitiría sentar

las bases teóricas para abordar las categorías sociales como construcciones sociales y por tanto, no como realidades que puedan ser percibidas objetivamente.

En este sentido, desde lo planteado por Kenneth Gergen (2007) uno de los principales exponentes del socioconstruccionismo, desde la psicología social, propone como desafío que se logren desarrollar métodos de intervención que generen y trabajen con categorías sociales pactadas a través de realidades relacionales, no basadas en separaciones, aislamientos y competencias, sino que, favorezcan una convivencia integral entre las personas. El aporte, desde la perspectiva de Gergen, requerirá de metodologías de investigación e intervención que estén basados en un juego dialógico, ya que, es en el propio lenguaje en donde se definen las construcciones. Por lo que, los resultados de estos no los puede determinar, la ciencia, un solo individuo ni una plenaria de voces separadas, sino el proceso dialógico. En un grado importante, la primacía de la relación está implícita en la investigación acción participativa, pero las posibilidades no tienen límites (p.267)

En esta misma línea es que, se partirá desde un enfoque socioconstruccionista, puesto que, este permite desenmascarar las tecnologías de producción de conocimiento científico, al partir de una crítica a la comprensión más representacionista de la realidad y de las categorías sociales. Siendo así que, esta presta elementos que permiten cuestionar los mismos procesos de diagnósticos y las intervenciones que el trabajo social realiza. De manera que, abre paso a poner en duda esa misma “realidad” que debe ser transformada, así como también, pone en disputa la relación necesaria entre las acciones y los efectos que se derivan de ellas (Montenegro & Pujol, 2003).

Es por esto que, este enfoque nos permitiría interpelar, por un lado, el cómo se construyen los discursos en torno a la categoría de los sujetos migrantes, por otro, nos permitiría observar cómo el trabajo social a través de las intervenciones perpetúa estas mismas categorías, pero no solo eso, sino que, por otro lado, proporciona espacios para que estas mismas sean cuestionadas, deconstruidas y reconstruidas, pero de manera más democráticas y participativas por medio del diálogo.

En este sentido, a qué busca atender esta premisa en su totalidad es al observar cómo las diversidades han sido objeto de intervención, basándose en categorías sociales que fuera de generar inclusiones, al partir de discursos de verdad normalizadores, promueven y continúan perpetuando exclusiones. Por lo que, la apuesta que se realiza es a dar cuenta de la necesidad de observar las intervenciones sociales que se desarrollan desde el trabajo social, reconociendo su potencial para dar configuración a nuevos horizontes que permitan pensar una disciplina que apueste por una comprensión cosmopolita de la realidad social.

Por tanto, se pretende dar cuenta de la complejidad a la que se enfrenta la disciplina de trabajo social al trabajar con múltiples formas de vida, siendo su desafío gestar intervenciones que logren reconocer y construir categorías sociales por medio del diálogo de todos los actores involucrados en estas mismas, permitiendo así que, estas categorías sean consensuadas, en las que se reconozca que todas las personas tienen el derecho a ser iguales cada vez que la diferencia las inferioriza, teniendo derecho, asimismo, a ser diferentes cuando la igualdad les descaracteriza (Santos, 2010:37)

Teniendo en consideración los elementos que se funden en la premisa por la cual se ha decidido apostar, es que se puede dar paso a la discusión teórica en torno a esta. De manera que, el siguiente apartado busca evidenciar con mayor profundidad en qué contexto se presenta esta reflexión, evidenciando los límites y posibilidades que se abren en torno a las discusiones sobre construcción de problemas sociales, intervenciones sociales desde el trabajo social y un posible horizonte cosmopolita de la disciplina.

DISCUSIÓN

Entender cuál es la problemática que nos atañe en esta reflexión nos permitirá avanzar hacia la observación en torno al cuestionamiento del ¿De qué manera el Trabajo Social continúa repercutiendo dinámicas de poder, a través de la construcción de sujetos problemáticos desde las propias intervenciones sociales? Así, en el siguiente apartado, me gustaría entrar en la discusión en la que se ve envuelta la premisa que guía esta monografía, respecto de que el **“El trabajo social desde una perspectiva socioconstruccionista, tiene el potencial de gestionar intervenciones sociales que logren deconstruir discursos en torno a la construcción problemática de los sujetos migrantes”**.

Por tanto, a continuación, se desarrollará en mayor profundidad la apuesta teórica que significa el socioconstruccionismo y el aporte que puede brindar a este trabajo. Por otro lado, trataremos la relevancia de las intervenciones sociales, su relación con las nociones de “verdad” y el desafío de pensarlas situadamente. Para así, finalmente trabajar la idea de un horizonte cosmopolita de la disciplina del trabajo social, en el que se logre dar cuenta de una pluralidad de formas legítimas de vida.

Una apuesta alternativa desde el socioconstruccionismo

Si queremos comprender el mundo, los problemas sociales y las categorías que los conforman y con las cuales el trabajo social como disciplina interviene, es necesario que pongamos atención justamente al cómo estos se construyen, desde discursos y prácticas sociales que ocupan un lugar de enunciación que es privilegiado. Es aquí donde el Socioconstruccionismo y su aporte a las ciencias sociales nos brindará luces necesarias para comprender lo anterior.

El construccionismo como corriente nace al seno de la psicología social, enfrentando los postulados de las psicologías tradicionales quienes ponían su base en tres cuestiones principales: en la mente individual como un aspecto fundamental; en que el mundo podía ser cognoscible objetivamente, es decir, había una realidad que se podía observar independientemente del observador; y, por otro lado, el hecho de que el lenguaje era portador de la verdad.

Gergen (2007) uno de los principales exponentes del socioconstruccionismo realizaba una crítica a las nociones tradicionales de la psicología que abordaban la cuestión de la verdad, el conocimiento y cómo se podía acceder a estos. Así, este planteaba que a pesar de que existía una serie de críticas posfundacionales que buscaban devolver a la cultura aquello que se había declarado natural, existían al menos dos orientaciones significativas respecto de cómo se podía obtener el conocimiento. Por un lado, la postura

exogénica que estaba centrada en el mundo y la endogénica que, por el contrario de la anterior, estaba centrada en la mente. Estas dos orientaciones partían desde el reconocimiento de un dualismo entre la mente y el mundo, en el que la existencia de un mundo externo (típicamente una realidad material) se contraponía a la existencia de un mundo psicológico (cognitivo, subjetivo, simbólico) (p.214)

Así, en el punto de vista exogénico el conocimiento se obtiene cuando los estados internos del individuo reflejan o representan de manera precisa (o sirven como espejo de) los estados existentes del mundo exterior. De manera que, tiende a poner hincapié en la importancia del conocimiento en la habilidad del individuo para adaptarse o tener éxito dentro de un ambiente complejo. Siendo así que, desde esta perspectiva el mundo es primariamente dado, y la mente opera mejor cuando lo refleja de manera precisa (Gergen, 2007).

Por otro lado, la endogénica comparte sus fundamentos dualistas y su énfasis en la neutralidad valorativa. No obstante, pone su centro en la observación del mundo como si fuera la clave para adquirir conocimiento. El endogenista pone el énfasis principal en los poderes de la razón individual. Siendo así que, ve el mundo externo o material como algo dado y conjetura acerca de la manera en que la naturaleza llega a representarse de forma.

En definitiva, la tradición exogénica como la endogénica localizan al conocimiento dentro de las mentes de los individuos singulares, no obstante, tal como Gergen sugiere, estas posturas al centrarse en el individuo como un “yo” dan pie a que se resalten discursos narcisistas, así como también generan que el otro y los otros tomen un rol secundario o instrumental. Generando así, en palabras de Gergen un efecto problemático en el que “las relaciones humanas son vistas como artificiales, prácticamente puestas contra el estado natural de la independencia”, de forma que, a medida que los sujetos se vuelven crecientemente interdependientes, la ideología del individualismo autocontenido plantea una amenaza para el bienestar de la sociedad (Gergen 2007:218)

Así, la mayor parte de las metodologías cualitativas estaban dirigidas por ideologías individualistas. Gergen sugería que enfocar las investigaciones desde la experiencia individual, el deseo, la identidad o la historia daba paso a creer que existía una primacía de un agente individual. En este sentido, advertía que emplear una metodología que partiese desde esta posición, generaba que las ciencias sociales intentaran iluminar al “otro” favoreciendo la idea de la existencia de una diferencia entre un yo y el otro. Así como también, estas favorecían la jerarquía y el investigador o interventor se posicionaba como el “conocedor”.

Es en este contexto en el que, con el tiempo y la llegada de los planteamientos posmodernos y construccionistas, estas afirmaciones fueron siendo cuestionadas. Desde estos, el enfoque ha estado basado en horizontes relacionales, es decir, los significados se crean dentro de las mismas relaciones. En donde, la relación antecede lógicamente a las mentes individuales. Los yo individuales no son anteriores ni constitutivos de las relaciones, más bien, el proceso de lo relacional precede al concepto de las mentes individuales (Gergen 2007:267).

De forma que, el producto no venía predado en las mentes individuales, sino que, en estas mismas relaciones comunitarias, o en palabras de Gergen, se encuentra fundado en el “que todas las proposiciones con sentido acerca de lo real y de lo bueno tienen sus orígenes en las relaciones” (Gergen 2007:218). Así, mediante nuestras propias relaciones y prácticas accedemos a un mundo construido, pero, simultáneamente, contribuimos a su construcción (Cabruja, Íñiguez & Vázquez ,2000:65).

Ahora bien, esto no quiere decir que nada exista o que no haya nada real, sino que, tal como Ibañez (1988) plantea Lo que aquí se está afirmando es que “la realidad” no existe con independencia de nuestro modo de acceso a la misma, y esto es algo muy diferente. Los objetos de los que creemos que está hecha la realidad -son como son- y existen en la realidad porque -nosotros somos como somos- y lo hacemos existir.

En esta línea, este enfoque ha estado catalogado como cercano al movimiento de la crítica cultural o estudios culturales que tuvieron lugar en los años 60', esto debido a que, sus principios guardaban relación con las interacciones sociales y procesos culturales, pero principalmente por develar los principios opresivos de la racionalidad individual y sus procedimientos excluyentes, así como la contingencia cultural de la ontología personal y sus valores (Ferrari, L. 2012:4). Siendo así que, uno de los aspectos relevantes de partir desde este enfoque, es que se puede dar cuenta de que las relaciones no son abstracciones intelectuales, sino que, son entidades muy reales que pueden objetivarse a través de los efectos concretos que producen (Ibañez, 1988:183)

En este sentido, el sociocontruccionismo apunta a desarrollar una perspectiva alternativa a esta teoría individual del conocimiento, lo que abre las posibilidades de analizar el rol que juega este entramado de saberes compartidos por la comunidad y las ciencias sociales en la mantención y reproducción de la realidad (Moya, 2010).

Comprender que el conocimiento no es algo que se genere de manera objetiva, sino que se da en el proceso relacional de construcción de este mismo, nos lleva a dar cuenta de la importancia de observar y repensar las narraciones que se configuran en este. Es decir, la manera en que estas son utilizadas ya no tendrán la función de representar el mundo o dar explicación de algo como si fuese su naturaleza, dando elementos básicos de su constitución, sino que, el mundo y su carácter básico de los hechos se construyen precisamente en la narración. En este sentido, el lenguaje cobra relevancia en tanto este actúa como una proyección de las creencias y representaciones que una comunidad específica comparte. De modo que, participar en el lenguaje, es participar en la construcción y reproducción de ciertas representaciones que una comunidad posee (Lopez, 2013:15).

Por lo tanto, no es representar el mundo y hechos sino sustentar ciertas modalidades de orden social lo que caracteriza a las narraciones que utilizamos. En efecto, cuando hablamos lo hacemos dentro de las coordenadas de un canal de comunicación que impone determinadas exigencias que le son propias (Cabruja, Íñiguez & Vázquez, 2000:69). En efecto, situarnos desde esta noción, implica un distanciamiento radical de cualquier planteamiento lineal, unidimensional o exclusivista. El punto de partida es la consideración

del mundo social como una construcción erigida en base a significados (Cabruja, Íñiguez & Vázquez, 2000:64).

Ahora bien, comprender esto nos permite reconocer que es en el espacio de las mismas construcciones sociales que se abre la posibilidad para poder modificar las interpretaciones opresivas y limitantes que algunas de ellas presentan. Es decir, tiene un potencial para actuar sobre situaciones de subordinación, tanto para crearlas como para deconstruirlas. Aunque esta tarea no se puede llevar a cabo solo por cambiar nuestra forma de pensar o “cambiar nuestras mentes” sobre cómo pensamos acerca de las personas, no obstante, tal como plantea Ferrari (2012),

“(…) es posible pensar no sólo que los individuos pueden re-interpretar aspectos de sí mismos y cambiar el peso de su sentido, sino que pueden, en un trabajo de diálogo, hacer un replanteamiento de todas las categorías sociales, tales como el género, la sexualidad, la raza, la discapacidad, la enfermedad, la subordinación, los afectos y otras. Con el construccionismo estamos, entonces, en una nueva conciencia relacional con múltiples implicaciones para la ciencia y la vida social.”
(p.2)

De esta forma, el Socioconstruccionismo se posiciona desde una posición crítica a las suposiciones tradicionales respecto de la comprensión del mundo social y apela a que estas mismas narrativas que se pueden generar en las ciencias sociales y, por tanto, en el trabajo social y sus intervenciones. Pudiendo ser un refuerzo a los discursos de los intereses de grupos sociales dominantes o a las creencias opresoras. Siendo así que, se entiende ninguna de las disciplinas ni ningún conocimiento puede liberarse de las propiedades históricas, culturales, sociales y discursivas que lo producen

Por tanto, se afirmará que no existe sujeto sin objeto, así como tampoco existen objetos que logren ser independientes de quienes observen, ni los observadores son independientes de ese objeto. Por otro lado, desde esta postura los antecedentes o las “categorías sociales” con las que el trabajo social aborda las intervenciones no anteceden a la propia investigación e intervención.

Así también, se entiende que lo que los/as trabajadores/as sociales crean y trabajan con categorías sociales que se gestan en base a múltiples redes sociales, conjunto de convenciones, entramados de relaciones de poder, series de procedimientos retóricos, las cuales se autonomizan de ese proceso que lo ha creado y se presentan como "algo que siempre estuvo ahí" (Kisnerman 1998:75). Sin embargo, como ya se ha desarrollado previamente, el desafío disciplinar por el que se apuesta en este trabajo, radica en hacer que estas categorías que se presentan como realidades se logren deconstruir, para construir por medio de un diálogo participativo que permita exponer y reconocer múltiples formas de vida.

En este contexto, desde este monográfico nos ceñiremos al reto para las ciencias sociales que ya planteaba Gergen (2007) en los años, “un reto primordial para el futuro es el desarrollo de métodos que generen una realidad relacional: no separación, aislamiento y competencia, sino una conexión integral” (p.267). Así, el foco deberá estar puesto sobre

cómo generar coordinación entre las personas para que logren una comunicación efectiva y las categorías que se creen partan de una noción participativa.

Intervenciones en trabajo social y “la” verdad: importancia de intervenciones situadas

Teniendo como base algunas cuestiones primordiales respecto al socioconstruccionismo, es que podremos adentrarnos a, como ya se ha mencionado en este trabajo, prestar atención a elementos respecto de las intervenciones sociales. En este sentido, será necesario advertir que nos posicionamos desde la relevancia que tienen estas en la sociedad, así como también, dentro de la disciplina del trabajo social.

De esta manera, este trabajo monográfico estuvo motivado desde el principio por el cuestionamiento del de qué manera el trabajo social continúa repercutiendo dinámicas de poder, a través de la construcción de sujetos problemáticos desde las propias intervenciones sociales. Es por esto que, a continuación, luego de haber hecho una revisión de la corriente socioconstruccionista podremos observar algunas luces de la relación que guarda este con las intervenciones sociales.

El principio que sostiene el campo de la intervención social es la necesidad de transformar situaciones que se entienden como problemáticas. Sin embargo, la definición de qué es intervenible, y las formas de abordarlo, es un asunto controvertido (Galaz & Montenegro 2015:1). Es así que, entenderemos la intervención como todos aquellos discursos y prácticas en las que las personas, ya sean, técnicos/as, profesionales y/o voluntarios, a partir del desarrollo de conocimientos especializados, trabajan para buscar las soluciones a demandas producidas por diferentes colectivos, grupos, instituciones, entre otros, quienes identifican ciertas situaciones como problemas sociales (Montenegro 2001:3).

El socioconstruccionismo nos planteaba que el conocimiento y las pretensiones de verdad eran cuestiones que se creaban relacionamente a través del diálogo, sin embargo, estas no solo quedan en niveles simbólicos, sino que, se encuentran asidas de prácticas reales de significación. Esto nos habla de que todo acto de construcción requiere de condiciones de materialidad, las cuales se articulan a través de un trasfondo sedimentado en nuestros cuerpos y en nuestras formas de vida.

Para comprender este trasfondo, nos advierte Moya (2010), será necesario dejar en evidencia dos niveles de expresión que son fundamentales, desde una arista tenemos el proceso de configuración de un saber práctico, que tiene que ver con un *modus operandis* subjetivo y corporal que posibilita la acción, y desde la otra arista, un proceso de estructuración de reglas y relaciones de poder que definen posiciones y condiciones de posibilidad para la acción (Moya 2010:35). Desde este planteamiento, se comprende que estas construcciones se logran llevar a cabo a través de medios materiales como subjetivos los cuales se mueven en el plano de relaciones de poder.

Carballeda (2007) ya confrontaba a la disciplina planteando que en la ciencia y las prácticas de intervención que se construyen en la modernidad, están basadas en transformar aquello que es irracional o se escapa de la norma. De manera que, la

emancipación como condición moderna surge desde la necesidad de pensar a los hombres desde una mirada y análisis científico. No obstante, esta idea no solo involucra un nivel epistemológico, sino que, se circunscribe en un programa político.

El disciplinamiento, según el mismo Carballada (2007), como expresión del control desde diferentes perspectivas se presenta como el operador más vinculado con la intervención social. Este académico quien desarrollaba sus postulados de pensar la intervención con perspectiva de la emancipación de América sugería que, esa propuesta de orden y control en general es planteada como una necesidad vinculada con la libertad, en la que transformar la cultura para ingresarla en la racionalidad moderna (p.13).

De este modo es posible asimismo pensar a la intervención social, desde lo supuesto por Foucault, como un “dispositivo”, es decir, desde su constitución y movilidad como una red o trama, conformada por discursos, disposiciones, reglamentos, leyes, enunciados y proposiciones filosóficas y morales (Carballada, 2007:56). Dado esto, sobresale la importancia de reflexionar y analizar críticamente lo que se hace en tanto intervención con la finalidad de observar y repensar, desde donde y para que se interviene en lo social (Carballada, 2007).

Ahora bien, si partimos desde una perspectiva socioconstruccionista, el sujeto de la intervención estaría construido por el lenguaje y, por lo tanto, no se condice con la noción de individuo que trabaja la modernidad, así como tampoco, con la idea de la imagen de poblaciones estables que se pueden observar en manuales y en las orientaciones metodológicas de la intervención. En cambio, el sujeto desde el socioconstruccionismo no puede ser un sujeto estadístico, atravesado por diferentes variables, sino que, más bien son sujetos singulares con verdades particulares y se constituyen de forma permanente, por lo tanto, nunca son sujetos o categorías estables.

De esta manera, será necesario comprender que la noción de los sujetos en las intervenciones son el resultado de una práctica en un marco teórico en particular, es decir, no existen per se. Así, el diálogo e interacción con el contexto histórico social, construirá diferentes formas de intervenir, en distintos momentos históricos apoyados en una gran diversidad de paradigmas (Carballada 2007:7) Por lo que, será necesario observar en otras palabras, las narraciones, con toda su diversidad, ya que pueden funcionar como formas de poder y de control en las distintas situaciones o contextos de comunicación (Cabruja, Íñiguez & Vázquez, 2000:31).

En este sentido, la relevancia de observar y repensar las intervenciones desde el trabajo social radica en comprender que estos al partir desde una lógica “científica” de investigación tienen la capacidad de producir objetos, sujetos, prácticas y subjetividades que, por ser avalados por las redes de poder donde opera la institución académica, son difíciles de cuestionar; y por último, estos desarrollos denuncian los efectos de control, clasificación (Montenegro & Pujol, 2003).

En la misma línea, Montenegro y Pujol (2003) nos sugieren que, no tener en cuenta los efectos de la estructura social en las mismas intervenciones nos acerca a un peligro en el que el “cambio social” no sea algo más que una ‘reproducción disfrazada’ del orden

social existente. En este sentido, comprender que, en las intervenciones al igual que otros ámbitos de la vida social, los/as interventores pueden continuar reproduciendo la estructura social en que están inmersas. Sin embargo, tal como se ha ido desarrollando, las perspectivas construccionistas, al situar en el mismo plano realidad social y lenguaje, apuestan por la conciencia de la estructura social y la negación de una realidad 'ahí fuera' que deba ser descubierta (p.301) lo que nos impulsa a seguir pensando y tensionando los discursos que se reproducen en las mismas intervenciones sociales.

Intervención y conocimientos situados

Sin embargo, en este intento de los teóricos que abogaban por una comprensión construccionista del conocimiento y la 'realidad', se vieron envueltos en una multitud de críticas que negaban esta visión posmoderna, infravalorándola por su carácter excesivamente relativista de lo que hasta ese momento había sido aprobado por la ciencia. De esta forma, la posmodernidad y sus nuevas formas de observación y pensamiento, se levanta como un espejo de crítica al *status* del conocimiento y de los también así llamados "grandes relatos" que gobernaron el conocimiento hasta el siglo XX (López, 2013:10).

Ante esto, Haraway desde una mirada feminista, propone el desafío de pensar los conocimientos como situados y que, además, fueran parciales, localizables y críticos, que logran admitir, de esta forma, la posibilidad de conexiones de solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología. Desde este punto de vista, tanto el relativismo como la totalización apuestan por una visión que parta de *todas las posiciones y desde ningún lugar, convirtiéndose en relativismo fácil y holismos que subsumen las partes*. En donde también, estos sean parte de un proceso de continua reinterpretación crítica entre cuerpos de intérpretes y decodificadores (Cáceres, 2015).

Desde la postura de Haraway, el relativismo al igual que el esencialismo, reproduce las mismas falacias de pensamiento, las mismas violencias al conocimiento que aquellas producidas por el esencialismo y la totalización. Desde su perspectiva, el relativismo es una práctica inquietante y peligrosa, ya que al asumir que todas las posturas son lo mismo, que todas las miradas tienen el mismo valor o realmente ningún valor, renuncia a la responsabilidad y a la investigación crítica (Arditi, 1995).

Es por esto que, la estrategia que emprende Haraway conlleva a un rechazo de estos dos posicionamientos y en lugar de ello, apuesta por la estrategia de la parcialidad. Esta se transforma en una apuesta que, frente al relativismo, no niega la posibilidad de conocimiento, sino que, rechaza las prácticas esencializadoras y dominantes en la cultura occidental, rechazando así el transformar la objetividad como si esta pudiese ser un punto de vista. En esta línea, una voz -por muy «verdadera» que esa voz pueda ser, por muy fiel que sea a la realidad encamada del hablante, será empero una sola entre muchas- en una «Verdad» válida para todos. Será relevante comprender desde esta posición que es una epistemología que reconoce la realidad de las experiencias de las personas y de su permeabilidad al poder, aunque también admite la especificidad de cada una, incluyendo la suya propia (Arditi, 1995:15)

En esta línea, los conocimientos sirven a una función de mejoría, que reconcilia el construccionismo con las posiciones realistas, abriéndose así un espacio para la verdad

situada, es decir, la “verdad” localizada dentro de comunidades particulares en tiempos particulares, y usada como un índice para representar su condición (Gergen 2007).

Así, estos conocimientos situados, encarnados, parciales y limitados, provenientes de una pluralidad de sujetos cognoscentes, hacen posible la racionalidad posicionada, que implica estar en un sitio en particular desde el cual es posible hablar y tener visiones siempre desde algún lugar (Cáceres, 2015).

De esta manera, el conocimiento situado, se encuentra posicionado y, por tanto, tiene diferentes significados dependiendo del contexto en el que se articula, de modo que su teorización, más que ser concepciones apolíticas o inocentes, entre un universalismo racionalista y un particularismo relativista, se esmera en argumentar que todas las formas de conocimiento de nuestra vida social se encuentran situadas en un contexto histórico y corporal. Por lo que, desde esta perspectiva, el problema fundamental de la investigación en ciencias sociales es precisamente comprender que el conocimiento es una práctica social que no surge del vacío, siendo necesario un análisis del contexto, en donde se toma sentido al cúmulo de relaciones sedimentadas en un trasfondo de naturaleza semiótico-material (Sandoval, 2013:1).

En este sentido, partir desde esta noción, nos permite tomar consideración de las prácticas que desde las mismas intervenciones se desarrollan, permitiendo dismantelar relaciones de opresión, pero también al ofrecernos una flexibilidad basada en el diálogo, nos abre las puertas a la posibilidad de repensar una construcción de órdenes diferentes.

Desde esta perspectiva se hace posible el horizonte de una intervención social como una forma de “hacer ver”, de vincular a ese otro con lo propio, con la cultura con aquello que lo construye (Carballeda, 2007:20).

Así, al igual que en la investigación cualitativa, en la intervención habrá que problematizar hasta qué punto los/as interventores son parte de la constitución del ensamblaje relacional de aquello que es problematizado, buscando observar cuál es su relación con aquellas categorías con las que interviene. De manera que, no se trata de pensar que los/as profesionales son entes externos en aquel entramado de relaciones y, por tanto, no puede suponer una objetividad respecto de estos, sino que, tendrá que pensarse desde un análisis de su lugar como parte de la intervención en donde la alternativa será la auto-observación. Por tanto, los/as investigadores/as solo podrán producir versiones parciales de la realidad, ya que tanto él/ella como el fenómeno que estudia, son el resultado de los procesos materiales y simbólicos con los cuales se articulan (Sandoval, 2013:44).

Siendo así que, para poder llevar a cabo esta hazaña será necesario lo que ya Agreila (2004), respecto de que en nuestro interés (compulsivo) por conocer a nuestros ‘sujetos de intervención’ quizás comience a ser oportuno el convertirnos a nosotros mismos y nuestras instituciones en ‘los sujetos a ser estudiados’ para poder comprender mejor los procesos de creación de las diferencias y desigualdades (p.39)

Ahora bien, ¿desde esta perspectiva todos los discursos y las configuraciones materiales que surgen de estos son permitidos?, si bien, en una primera instancia pareciese ser que sí, esto no es necesariamente a lo que aspira este posicionamiento. En este sentido,

cualquier discurso es legítimo si se elabora de una manera responsable, sin embargo, la epistemología situada admite la pluralidad de formas de conocimiento y, por tanto, desconfía de la universalidad y objetividad de los saberes, esta multiplicidad no es ilimitada. Sólo se puede constituir como conocimiento lo que remite a una situación dada, y éstas no son infinitas: hay las que hay. En cada situación geográfica, social, histórica, científica, política, etc., hay constituidos unos marcos de referencia que conforman los puntos de partida. Así es como se evita el relativismo extremo; no todo puede ser conocimiento (Villarme 1999:224).

Todo lo anterior nos permite dar cuenta que la intervención social guarda un valor especial, en el que se juega la integración de la sociedad, la cual se presenta como un horizonte remoto, pero no imposible, dado que el contexto es un producto de relaciones sociales y devenir histórico, donde intervención también implica posibilidad de transformación, de despejar las ataduras de la injusticia en la que se ven sumergidos nuestros países (Carballeda 2007:20).

TRABAJO SOCIAL: un horizonte disciplinar cosmopolita

Ahora bien, cómo esto impacta en el trabajo social y qué significa para la disciplina en términos prácticos todo lo anterior, es lo que de manera escueta se pretende desarrollar de ahora en adelante. Para esto, se comenzará prestando atención a cómo el trabajo social ligado a corrientes más críticas, como es el caso de del socioconstruccionista, ha influido en nuevas concepciones disciplinares que aborden las diversidades. Luego me adentraré en reflexionar en torno a los desafíos que supone pensar un trabajo social socioconstruccionista, su apuesta por una deconstrucción de categorías sociales que generen una reconstrucción que considere a las diversidades. Para así, finalmente, entablar un diálogo que se abra a pensar una disciplina que parta de una perspectiva cosmopolita.

Trabajo social y el impulso crítico

Asida de lo planteado por Healy (2001), hasta finales de los años 60's y principios de los 70's aún no surgía un trabajo social que fuese crítico¹ diferente e internamente diversificado. Sin embargo, con la crisis de la modernidad, la esfera pública alternativa otorgó los fundamentos intelectuales y políticos que gran relevancia para el devenir de la disciplina y los/as trabajadores/as sociales cuando emprendieron la reorientación crítica de la teoría de la práctica. Así, los antecedentes intelectuales del trabajo social crítico contemporáneo son muy diversos y recogen un amplio conjunto de teorías sociales críticas: las teorías feministas, el marxismo, el desarrollo comunitario, la teoría radical de la educación, la antipsiquiatría, la sociología radical, las teorías críticas sobre la raza y el carácter étnico y la teología de la liberación (p.1).

Estos/as trabajadores/as sociales que se autodefinían como críticos se situaban en oposición al carácter individualista de las teorías ortodoxas del trabajo social, en especial

¹ Esto no quiere decir, por supuesto, que el trabajo social hasta esos años no hubiese sido crítico, porque podemos reconocer la labor que la disciplina realizó a través de diferentes personas que marcaron la historia del trabajo social y de la sociedad de manera contextual, por medio, por ejemplo, del activismo. Sin embargo, en esta reflexión se entenderá el trabajo social crítico aquel que nace a partir de las posturas posmodernas.

las psicoanalíticas, que destacaron en la corriente principal del trabajo social desde aproximadamente la década de los 20's hasta los 70's. Así, estos fueron teóricos críticos del bienestar social cuestionando las ideas que sostienen que los sujetos a los que atendían eran parcial o totalmente culpables de las circunstancias personales y sociales difíciles a las que se enfrentaban. Teniendo esto en consideración, en sus análisis y respuestas prácticas, los teóricos críticos ponen en primer plano los orígenes sociales de la opresión. Los activistas contrastan sus enfoques con los del trabajo social ortodoxo cuando destacan los valores de equidad y justicia respecto a las poblaciones oprimidas. La teoría de la práctica crítica abarca un conjunto amplio y diversificado de orientaciones: trabajo social antirracista y antiopresivo, trabajo radical comunitario, trabajo social feminista, trabajo social marxista, investigación-acción participativa, trabajo social radical y trabajo social estructural (Healy, 2001:2).

En este sentido, estas teorías sociales críticas tenían sus fundamentos en el ideal de la ilustración, es decir, según Healy en una sociedad basada en la igualdad y la libertad humana, logrando reconocer, además, que este hacía hincapié en el carácter activista de los seres humanos; es decir, se reconocía que, aunque los humanos estén configurados por la sociedad, también son capaces de transformarla. Será necesario reconocer esto, pues el socioconstruccionismo aporta precisamente esta posibilidad al trabajo social, es decir, la comprensión de que los sujetos no están del todo determinados, sino que, hay espacios por medio de la construcción a través del diálogo para la agencia a nivel individual, como también a nivel disciplinar.

De esta manera, los científicos sociales críticos consideran que la estructura social global ordena en sentido fundamental las relaciones sociales, en los niveles institucional y personal. Por esta razón, los teóricos sociales críticos adoptan un orden de análisis descendente en el que se interpretan las experiencias locales como efectos de una estructura social global (Healy, 2001:10) Por tanto, ya no se podría culpar a las personas por ciertas situaciones sociales en las que se veían inmersa como, por ejemplo, la pobreza, la vulnerabilidad, entre otras. Si no que, estas se debían ver en relación con el contexto social histórico en el que se encontraban.

Trabajo social e intervención: un desafío desde el socioconstruccionismo.

Como ya se ha propuesto insistentemente en este trabajo monográfico, la perspectiva de un trabajo social que comience a partir de una noción socioconstruccionista, sería un aporte a la disciplina para observar los fenómenos y categorías sociales desde otra perspectiva en las que todos/as los/as involucrados tengan la posibilidad de co-construir activamente dentro de estas prácticas interventoras.

Así, me permitiré desarrollar brevemente este apartado desde lo planteado por Kisnerman (1998), quien trató la idea de un trabajo social y un método construccionista, basado en las nociones de deconstrucción, construcción, reconstrucción, ya en la época de la reconceptualización de la profesión.

Para Kisnerman, las categorías sociales se construían en el propio método del trabajo social, de manera que, este actuaba como meta y camino hacia. Por tanto, este era una guía para iniciar un camino una serie de procesos, que se seguirán para construir un objeto y las transformaciones necesarias. El método en trabajo social funcionaba como un conjunto de momentos interconectados e interdependientes entre sí, en una sucesión sistemática de cambios en una dirección dada, cada uno de los cuales constituyen un proceso de aproximaciones sucesivas, que nos permite ir avanzando en la construcción del objeto.

Esa construcción es el producto de la experiencia significativa y acumulada por todos los actores participantes en el desarrollo histórico de ese proceso. De forma que, desde la perspectiva construccionista en Trabajo social, el método expresa la relación entre teoría y ese objeto que se va construyendo, por lo que, este no es sino una teoría puesta en acto.

Lo anterior, se entiende ya que, a diferencia de lo presupuestado por la ciencia tradicional, la cual plantea que es posible un control de las variables, este método comprende que en lo social es imposible transferir a la vida real lo que ocurre en la situación de laboratorio, como tampoco es posible la absoluta objetividad en el investigador; cuyo sesgo personal está siempre presente en su trabajo.

El autor sugiere que, el trabajo social históricamente, más preocupado de la intervención (más al hacer que al pensar) confundió procesos con métodos. Así fue que, nació el caso social individual, grupo y comunidad o la investigación, planificación, supervisión y administración. Situación que también sucedió en la reconceptualización, ya que, a pesar de que cuestionó la investigación cuantitativa, al reconocer un solo método no logró desprenderse del neopositivismo, o como el académico plantea se basó en ideologías. Dado esto, sugiere que ninguna metodología asegura que determinadas descripciones y explicaciones sean más ciertas y objetiva que otras.

Continúa exponiendo que el método utiliza técnicas y procedimientos para operar en una realidad concreta, por otro lado, las técnicas son instrumentos de trabajo que utilizamos entre nosotros y esa realidad para construir el objeto y transformarlo. Es así que, lo que determina la oportunidad de los usos de las técnicas y procedimientos determinados, nunca será la preferencia que tenga el profesional por sí mismo, por tanto, el método es parte de la teoría y solo puede comprenderse por ella.

En cuanto a la intervención, esta debería ser entendida como una acción en la que en palabras de Gergen debería estar en un estadio crítico que debe dar paso a un estadio transformativo, de la deconstrucción a la reconstrucción. Kisnerman se posiciona desde la idea de la deconstrucción debido a que, este concepto permite observar los hechos sociales, demostrando sus contenidos. El momento de deconstruir es el de determinar cómo se ha ido construyendo la situación problema, lo que permite inventar desde la situación construida, reconstruir mediante nuevas prácticas una situación superadora.

En este sentido, el construccionismo sugiere que la investigación no es un medio para invalidar ni validar hipótesis (Kisnerman, 1998:148). La investigación como el proceso mediante el cual podemos conocer cómo los problemas sociales llegan a definirse desde

los actores sociales. Sirviendo esto como instrumento para la emancipación o la intervención en la que se pueden develar relaciones de poder.

Desde otra perspectiva el construccionismo no acepta los problemas como si vinieran dados, sino que, su trabajo se enfoca en dilucidar las representaciones que llevan a la constitución de estos mismos, centrándose en la construcción de los sujetos y el mundo. Y, por otro lado, se centra en los procesos sociales.

Las técnicas que utiliza para lograr lo anterior, están principalmente enfocadas en la observación y la entrevista, las historias de vida, análisis de contenido, grupo de discusión focal, sociometría y dinámicas de grupos y audiovisuales. En este sentido, el construccionismo no ha inventado técnicas, no obstante, innova observando cómo observa lo observado; no usándolo para garantizar la validez de la teoría, sino para construir la vida social.

Desde esta perspectiva el/la trabajador/a social, se enfrenta entre el producto-problema que es representado a través de la conversación. Es a partir de estas que se construyen narrativas de la realidad como un proceso continuo a través del tiempo. Por tanto, el relato no es verdadero ni falso, es una deconstrucción del acontecimiento.

A raíz de lo anterior, es que el/la trabajador/a social debe prestar atención al discurso, al juego interaccional, al cómo resuenan los acontecimientos, al dónde se quiere llegar. Logrando esto, a través de procedimientos como distinguir, describir, comprender, significar y explicar. En esta conversación, el trabajador social debe generar distinciones de lo observado, para ir definiendo el problema central, organizando así los hechos en un contexto específico.

Por tanto, el profesional debe hacer que la práctica sea un acto de aprendizaje a partir de la constante reflexión en la misma conversación. Aquí cobra especial importancia lo que Habermas ya sugería respecto a la acción comunicativa en la que en el que el lenguaje juega un papel fundamental para la coordinación y el entendimiento que hace posible el acuerdo para superación de los mismos problemas.

En este sentido, el/la trabajador/a social se enfrenta con el producto-problema instalado, el que generalmente le es presentado a través de la conversación que él facilita. Por lo que, en el proceso de investigación e intervención, será necesario como primer paso pensar este a través de una deconstrucción para precisar cómo el problema ha llegado a definirse como tal. Para este paso será necesario pensar en una democratización de la intervención, en la que la gama de voces que participan en los diálogos se amplifique; y la reconstrucción, en la que nuevas realidades y prácticas son modeladas para la transformación (Kisnerman, 1998:78)

Desde esta comprensión, la deconstrucción es una forma de exploración y comprensión que el profesional debe emprender, con la finalidad de crear nuevos significados y nuevas narrativas, conversando con los implicados en el problema y, desde lo planteado por Kisnerman, no influida por lo preconcebido del trabajador social (suposiciones y presupuestos). Más que su saber, la interpretación que hace, a medida que

se desenvuelve la narrativa, se funda en el proceso dialogal. En una situación de encuentro, a través del discurso, se despliega la narración en la que se cuentan los hechos como proceso en desarrollo, en el que se explica la relación entre acontecimientos autorrelevantes a través del tiempo (Kisnerman, 1998:150).

Sin embargo, en este punto me gustaría ser enfática en el hecho de que, por el contrario de lo que sugiere Kisnerman, el/la trabajador/a social no puede desprenderse o desconocer su rol dentro del mismo proceso de intervención. Es decir, en este espacio el/la interventor/a también colabora en la construcción de nuevos saberes, por tanto, no puede actuar como un mero observador o guía de las narraciones que se formen, sino que, es un sujeto activo.

Esta idea se sustenta en lo que Montenegro y Pujol (2003) sugieren respecto a que, aquella posición del investigador que se ve como un “agente externo/a”, en lugar de pretender proveer la solución de problemas o promover la concientización desde una posición de conocimiento privilegiada, a lo que realmente debiese apuntar es a incorporarse como un agente más en esta construcción/articulación que se da en estos contextos específicos. Ya que, como se ha mencionado anteriormente, estos contextos o espacios no están exentos de relaciones de poder y autoridad en las que se juegan las negociaciones de los significados. Sin embargo, comprender esto nos permitirá nuevas posibilidades de relación a la clásica diferenciación bipolar entre interventores/as e intervenidos/as (p.305)

De manera que, además, en este mismo acto nos logramos descubrir como observadores, en la medida que, comenzamos a observar nuestra propia observación, con la idea de explicar lo que estamos creando y haciendo. Así, observar se transformará en el acto de lo que hacen los observadores cuando distinguen en el lenguaje los diferentes tipos de entidades que producimos como objetos de nuestras descripciones, explicaciones y reflexiones, en el curso de nuestra participación en las diferentes conversaciones en las que nos vemos envueltos en la vida cotidiana (Kisnerman, 1998:79)

Dado esto, la reconstrucción en cuanto apuesta hacia el futuro, requiere de una planificación estratégica. Articular profesionales y actores involucrados para resolución de determinados objetivos, planificando, a través de la mediación entre el conocimiento y la acción, sabiendo que el comportamiento que se observará en los social no es algo que se pueda predecir completamente, por las múltiples variables implicadas. Este proyecto o noción surge como una construcción coherente de operaciones y acciones que permiten modificar la situación inicial en una situación objetivo para mejorar la calidad de vida del grupo o población con la que trabajamos. Tiene una perspectiva holística al integrar. Moviliza los recursos humanos buscando la participación no como una concesión del poder sino como un derecho, lo que demanda lograr un grado de pertenencia al proyecto (Kisnerman, 1998:153).

Así, el método en trabajo social desde esta perspectiva tendrá que ver con la intencionalidad que da sentido a la acción, es decir, el por qué y para qué de la intervención. La cual hay que recordar, debe ser participativa, en el sentido de que debe ser democrática en todo el proceso. Siendo necesario de esta forma, conformar equipos entre pueblo, técnicos y políticos comprometidos con el futuro de la sociedad y la inclusión efectiva de las

diversidades. Solo así, plantea Kisnerman, logrando una convergencia de las ideas es que se puede desencadenar en acciones realmente transformadoras, sin dar la espalda al pueblo. Sin embargo, será necesario primeramente recordar que no hay construcción sin reflexión sobre lo que construimos. Esto es un aprendizaje que es significativo por sí mismo y que se va construyendo en una amplia gama de situaciones y circunstancias en un proceso comunitario (Kisnerman, 1998:79)

En este sentido, y en concordancia con lo planteado por Kisnerman, finalmente la apuesta es a hacer evidente la dimensión política que significan las intervenciones sociales y su práctica para el trabajo social, de manera que los/as profesionales asuman la labor disciplinar,

“no desde la realización de tareas y procesos —como si el Trabajo Social solo fuera la aplicación irreflexiva de unos métodos y técnicas— sino desde su capacidad consciente para asumir compromisos consecuentes con una postura política que les dé sentido y les permita insertarse o comprometerse con procesos sociopolíticos que promuevan un proyecto de sociedad más igualitaria, menos excluyente” (Falla 2017:133).

Nuevos horizontes son posibles: una reflexión disciplinar que apunte hacia una postura cosmopolita

Todo lo explicitado anteriormente nos permite reconocer, al menos dos cuestiones fundamentales. Por un lado, el hecho de que las intervenciones sociales en Trabajo Social pueden ser espacios en los que se reproduzcan lógicas de poder y segregación, a través de prácticas normalizadoras, basadas en la noción de alteridad respecto de las categorías con las que trabaja. Y en un segundo lugar, estas mismas intervenciones son un espacio altamente relevante para ejercer agencia por todo/as los partícipes de estas. En este sentido, estas permiten desde una comprensión socioconstruccionista, basada en intervenciones situadas, la deconstrucción de categorías que son vistas como algo objetivo o inmutable, aportando así a una construcción y reconstrucción contextualmente situada, en la que diferentes voces tienen cabida.

En este sentir, es que la premisa que respaldó este trabajo cobra un total sentido, así, podemos plantear que el trabajo social desde una perspectiva socioconstruccionista, tiene el potencial de gestionar intervenciones sociales que logren deconstruir discursos en torno a la construcción problemática de los sujetos, como es el caso de los migrantes. En razón a esto, este último apartado buscará generar una reflexión que tenga en cuenta los aportes de un Trabajo Social socioconstruccionista y de las intervenciones sociales situadas, para que logre posicionarse o al menos pensarse desde la necesidad de construir una disciplina que parta desde una lógica cosmopolita.

Sin bien, en este no se pretende tocar en profundidad la discusión en torno a las cuestiones de justicia o política cosmopolita, buscará al menos, plantear algunos lineamientos que se encuentran en el corazón del ideal del cosmopolitismo, los cuales podrían ser un aporte para una apertura al reconocimiento de las diversidades y al entramado de posibles formas de vida con las que el trabajo social se construye.

Coexistir solo supone la idea de que las personas compartan su existencia en un espacio y tiempo determinado, sin importar las condiciones en las que estos se encuentren, pudiendo ser estas desiguales o precarias. En cambio, la noción de convivencia exige la realización práctica de ciertos compromisos en cuanto respeto mutuo, a cooperación voluntaria y a compartir responsabilidades. En este sentido, la convivencia vendría siendo definida como una situación interpersonal de buena vecindad y mutua colaboración entre individuos o grupos que, a pesar de tener algunas características compartidas, son también diferentes en el sentido de que cada cual tiene su propia existencia y sus propios intereses legítimos (Navarro, 2003).

Suponiendo lo anterior en términos prácticos, el hecho de un compromiso de cada grupo social y de cada ciudadano individual, en cuanto a cooperar para el mantenimiento de un orden compartido en el que las tensiones no sean tan grandes que pudieran dar al traste con la propia sociedad (Navarro, 2003:175). Sin embargo, cuando hacemos referencia a una apuesta cosmopolita nos enfocaremos en potenciar o poner como referencia la noción de convivencia, la cual nos permitirá pensar el desafío de articular las diversidades.

Desde esta comprensión y según lo presentado por Appiag, para pensar en un futuro cosmopolita, *necesitaremos desarrollar hábitos de coexistencia pacífica, y para ello propone potenciar la conversación como forma de asociación, como forma de vida común entre las diferentes culturas y tradiciones*². Así, el cosmopolitismo vendría a responder, tanto a las presiones de un universalismo abstracto, como a la fuerza disolvente del etnocentrismo. Siendo así que, la noción de un *universalismo cosmopolita radica en el reconocimiento a la diferencia local*³ (Salgado, 2011). De manera que esto supone que será necesario,

“aceptar que la diversidad humana constituye un amplio y legítimo abanico de formas de vida que es necesario preservar y proteger; que éstas surgen y se nutren de las culturas locales; pero también es necesario reconocer que todas las culturas poseen valores transculturales, por los cuales es posible asimilar o integrar valores diferentes y tolerar a los diferentes. *Y ese respeto a la diversidad surge de algo que también se remonta hasta los cínicos y los estoicos, la tolerancia hacia las opciones vitales que toman los demás y la afirmación no dogmática ni absoluta respecto a las nuestras*⁴” (Salgado, 2011:135)

En estas definiciones podemos encontrar que el cosmopolitismo apunta a un ideal de convivencia entre las diversidades por medio de la conversación, entiéndase comunicación, como una forma de asociación y vinculación entre las personas, cuestión que se condice con los postulados desde el socioconstruccionismo. Por otro lado, este pretende apuntar a un reconocimiento de la diferencia local, es decir, se aleja de nociones basadas en nociones universalistas/homogeneizantes.

² El énfasis es mío

³ El énfasis es mío

⁴ El énfasis es mío

Dado esto, el problema que enfrenta el cosmopolitismo actual es lograr conciliar la defensa de la autonomía individual con el reconocimiento de las identidades culturales o étnicas en las que dicha autonomía cobra sentido. Sin embargo, el cosmopolitismo, tiende a relativizar las tradiciones e identidades culturales, morales y religiosas y, ante todo, constituye una crítica a la cerrazón y la exclusión de la diferencia y persecución de la disidencia dentro de cada comunidad, es decir, critica el “genocentrismo” que se ha acentuado últimamente en el mundo globalizado/localizado (Salgado, 2011:133).

Sin embargo, es necesario rescatar una de las afirmaciones que previamente se realizó, en tanto, pareciese afirmar que el respeto a la diversidad significaba una tolerancia total a todas las formas de vidas, si bien, es una aseveración que a simple vista pareciese ser inocente, en la práctica puede tener como resultado un relativismo cultural, lo cual puede terminar permitiendo prácticas como totalizantes o discriminadoras, porque se basa en que todas estas creencias son válidas. En este punto, posicionarnos desde una perspectiva situada nos permitirá evitar caer en relativismos totalizantes y nos ayudará a hacer comprender, través de articulaciones desarrolladas contextualmente de manera más democrática.

Así, el cosmopolitismo debería aspirar a una forma de comprender y vivir formando parte de una comunidad mundial e intercultural, diversa, pero solidaria y justa. De forma que, este deberá continuar con su consigna inicial respecto de sus principios de la dignidad y la autonomía irreductible de cada persona, independientemente de la comunidad cultural a la que pertenezca o se adhiera.

Desde otro punto de vista, una de las grandes discusiones en torno a pensar el cosmopolitismo la presenta Carballada (2007) quien pone en tensión cuestiones en torno, a la diversidad, la diferencia y el reconocimiento. Así, según este, se hace necesario pensar en una nueva articulación entre políticas de igualdad e identidad. Desde su punto de vista, antes que nada, es necesario entender que no toda diferencia está basada en una inferiorización per sé. Por ello mismo, una política de igualdad no tendría que ser una mera reducción hacia una norma identitaria única y hegemónica, sino que, más bien una política genuina es aquella que permite la articulación horizontal entre las identidades discrepantes y entre las diferencias en que ellas se fundan (p.37)

Lo anterior, nos dirige nuevamente a pensar un horizonte en el que sea posible generar articulaciones en la diversidad, pero desde una mirada horizontal en la que ninguna forma de vida pueda presentarse como superior a otra. Así como tampoco estarían limitadas por cuestiones de estado-nación, es decir, en esta construcción los sujetos migrantes en su diversidad se encuentran efectivamente reconocidos y, por tanto, son actores primordiales en las decisiones que se gestan dentro de las intervenciones.

Así, me gustaría traer al diálogo lo que Benhabib (2005) planteaba como “iteraciones democráticas”. Esta académica trabaja la idea de las fronteras de la comunidad política y la membresía política. Para ella este último concepto posibilitaría la incorporación de las personas que han sido construidas como “extranjeras” en la delimitación del Estado-nación. Desde su punto de vista una teoría cosmopolita de justicia no puede restringirse a

esquemas de 'distribución justa' en escala global, sino que, va más allá, en una necesidad de incorporar una noción de membresía justa.

En este sentido, la ciudadanía y las prácticas de membresía política son para Benhabib "rituales a través de los cuales se reproduce espacialmente la nación" (Benhabib 2005:23) De esta manera, toda nación tiene sus otros, adentro y afuera, en efecto, el nacionalismo se constituye a través de una serie de demarcaciones imaginarias y también reales entre un "nosotros" y un "ellos", entre un "nosotros" y "los otros". Sin embargo, debemos recordar que, también la nacionalidad y la noción de ciudadanía son construcciones conformadas por las sumas y mezclas de contingencias históricas, luchas territoriales, choques culturales y actos burocráticos (Benhabib, 2005). Por tanto, así como estas se construyen, también están abiertas a la posibilidad de ser deconstruidas en un proceso de reconocimiento de las diferentes realidades que se presentan contextualmente.

En esta línea, hay un concepto propuesto por Benhabib que considero guarda especial relación con lo trabajado a lo largo de esta monografía. Este refiere a la idea de las "iteraciones democráticas" las cuales son definidas como "diálogos morales y políticos en los que los sectores sociales de distintos tamaños se reapropian de, y reiteran, principios y normas globales, en una serie de conversaciones e interacciones entrelazadas" (Benhabib, 2005:87). Y aunque si bien, la misma autora plantea que estas instancias pueden ser desprolijas, poco organizadas y planteadas desde principalmente el ámbito político, tienen un potencial de generar complejos debates y aprendizajes públicos, a través de los cuales, son cuestionadas y contextualizadas, invocadas y revocadas, diferentes afirmaciones en torno a perspectivas universalistas (Benhabib, 2005).

Así, aunque aquello que propone se centra en diálogos a nivel macro, esto aporta a la comprensión y a una posibilidad de pensar una disciplina del trabajo social que apunte a fomentar un diálogo que parta desde una postura democrática, buscando articular seriamente las diversidades que se dan en lo social, sin seguir perpetuando lógicas de poder en estas.

En este sentido, plantearnos desde una postura cosmopolita requerirá que desde la misma disciplina se deje de reproducir categorías sociales basadas en alteridad. De manera que, se deberá abogar por una no criminalización del movimiento mundial de los pueblos y tratar a cada persona, no importando cuál sea su estatuto de ciudadanía política, en concordancia con la dignidad de la condición de persona moral. Esto implica reconocer que cruzar fronteras y buscar entre entes políticos no es un acto criminal sino una expresión de la libertad humana y la búsqueda del mejoramiento humano en un mundo que tenemos que compartir con los seres humanos que son nuestros semejantes (Benhabib, 2005:129)

REFLEXIONES FINALES

A lo largo de todo este trabajo se ha intentado reflexionar en torno al desafío disciplinar del Trabajo Social de repensar los fundamentos que guían las intervenciones sociales. En este sentido, se ha apostado por la necesidad de auto observar nuestras prácticas interventoras, comprendiendo que estas también pueden actuar como mecanismos de Gubernamentalidad en las que se continúan reproduciendo lógicas de

poder que perpetúan exclusiones en torno a las diversidades, como lo es con el caso de la población migrante.

En este contexto, la apuesta fue que, el trabajo social desde una perspectiva socioconstruccionista, tiene el potencial de gestionar intervenciones sociales que logren deconstruir discursos en torno a la construcción problemática de las diversidades. Así, se reconoce que, a pesar de que las intervenciones pueden generar lógicas opresivas también son espacios que potencian o posibilitan una agencia y es por esto que, se propuso partir desde una perspectiva situada, buscando no caer en universalismos homogeneizantes.

Es por esto que, partir desde una lógica socioconstruccionista supone una reinención de las prácticas interventoras y de la disciplina en sí misma, pues abre el espacio para una deconstrucción de los discursos que generan exclusiones y permite una reconstrucción en conjunto con todos los sujetos involucrados por medio del diálogo.

En este sentido, el desafío disciplinar que supone esto, es que el Trabajo Social logre ceder esa “posición de poder” en la que se encuentra cuando define por sí mismo los problemas sociales, de manera que, ya no podrá posicionarse como un ente externo que interviene objetivamente sobre un fenómeno social, sino que, deberá pensarse a través de su propia construcción respecto a esta. Así, esto le permitirá generar articulaciones democráticas realmente efectivas.

Finalmente, se apostó en creer que partir desde estas lógicas de deconstrucción para una reconstrucción, se puede abrir un espacio para pensar una disciplina que parta desde una impronta cosmopolita, en la que no haya un ideal de forma de vida normal o de una que se encuentre fuera de la norma, sino que, logre reconocer efectivamente que diferentes formas de vida son posibles y, por tanto, ninguna debe estar por sobre la otra.

Aun así, el trabajo social tendrá como desafío no caer en un relativismo en el que basado en el reconocimiento de todas las formas de vida se continúen legitimando discursos de rechazo o exclusión de aquellos que se considere *un otro*.

De manera que, tal como ya se había sugerido previamente,

“En nuestro interés (compulsivo) por conocer a nuestros ‘sujetos de intervención’ quizás comience a ser oportuno el convertirnos a nosotros mismos y nuestras instituciones en ‘los sujetos a ser estudiados’ para poder comprender mejor los procesos de creación de las diferencias y desigualdades” (Agrela, 2004:39)

BIBLIOGRAFÍA

- Agrela, B.** (2004). La acción social y las mujeres inmigrantes: ¿hacia unos modelos de intervención? *Portularia*, 4, 31-42. Recuperado de <http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/170/b15124794.pdf?sequence>
- Álvarez, A.** (2012). De la diferencia como amenaza a la diversidad como potencia: reflexiones en torno a la relación entre ciudadanía intercultural e intervención en lo social. *Eleuthera*, 7, 264-282.
- Arditi, J.** (1995). *Analítica de la postmodernidad. Haraway D. Ciencia, cyborgs e mujeres. La reinención de la naturaleza. Madrid: Ediciones Cátedra.*
- Benhabib, S.** (2005). *Los derechos de los otros: extranjeros, residentes y ciudadanos.* Gedisa. Barcelona, España
- Brah, A.** (2004). Diferencia, diversidad, diferenciación. *VV. AA. Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, 107-136.
- Cabruja I., Iñiguez L., & Vázquez, F.** (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, (25), 0061-94.
- Cáceres, M.** (2015). Multiplicar los sujetos, encarnar los Conocimientos: Plausibilidad de la epistemología social posmoderna de Donna Haraway. *Boletín Científico Sapiens Research*, 5(2), 39-44.
- Carballeda, A.** (2007). La intervención en lo social. *Exclusión e integración en los nuevos.*
- CENSO** (2017). *Resultados Censo Migración internacional.* Recuperado de: <http://resultados.censo2017.cl/>
- Falla, U.** (2017). La intencionalidad de la intervención del Trabajo Social. *Trabajo social*, (19), 123-135.
- Ferrari, L.** (2012). El construccionismo social y su apuesta: la psicología social histórica. *Recuperado el, 12.*
- Galaz, C. & Montenegro, M.** (2015). Gubernamentalidad y relaciones de inclusión/exclusión: los dispositivos de intervención social dirigidos a mujeres inmigradas en España. *Universitas Psychologica*, 14(5), 1667-1679.
- Galaz, C., & Yufra, L.** (2016). Diferencias, jerarquías, subalternidad: discursos y prácticas de intervención hacia mujeres inmigradas [58 párrafos]. *Forum: Qualitative Social Research*, 17(3). Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/viewFile/2379/4030>

- Galaz, C., Álvarez, C., Hedrera, L. & Becerra, M.** (2017) Intervenciones psicosociales y sus efectos en la trayectoria de mujeres inmigrantes en Chile. *Universitas Psychologica*, 16 (Supl. 5), 61-75. <https://dx.doi.org/10.11144/javeriana.upsy16-5.ipet>
- Gergen, K. J.** (2007). *Construccionismo social-aportes para el debate y la práctica*. Bogotá-Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Psicología, CESO. Parte III: sobre la práctica social, 211-331. Ediciones Uniandes.
- Healy, K.** (2001). *Trabajo Social: perspectivas contemporáneas*. Capítulo 2: La herencia de nuestro pasado y la naturaleza de nuestro presente. Ediciones Morata.
- Ibáñez, T.** (1988). Representaciones sociales, teoría y método. *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai, 13-90.
- Kisnerman, N.** (1998). Pensar el trabajo social. Capítulo II y V. Sites/Lumen.
- López, P.** (2013). Realidades, Construcciones y Dilemas: Una revisión filosófica al construccionismo social. *Cinta de moebio*, (46), 9-25.
- Montenegro, M.** (2001). *Conocimientos, agentes y articulaciones: una mirada situada en la intervención social* (Tesis doctoral). 1-15 Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Montenegro, M.** (2002). Otridad, legitimación y definición de problemas en la intervención social: un análisis crítico. In *Tendencias actuales en investigación social* pp. 265-277. Institut Català de Cooperació Iberoamericana.
- Montenegro, M & Pujol, J.** (2003). Conocimiento situado: un forcejeo entre el relativismo construccionista y la necesidad de fundamentar la acción *Interamerican Journal of Psychology*, vol. 37, núm. 2, 295-307 Sociedad Interamericana de Psicología Austin, Organismo Internacional
- Moya, J.** (2010). Construccionismo, conocimiento y realidad: una lectura crítica desde la Psicología Social. *Revista Mad*, (23), 31-37.
- Navarro, E.** (2003). Ética cosmopolita para la convivencia internacional. *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, (29), 171-182.
- Retortillo, Á., Ovejero, A., Cruz, F., Arias, B., & Lucas, S.** (2006). Inmigración y modelos de integración: entre la asimilación y el multiculturalismo. 123-139
- Salgado, J.** (2011). Del colonialismo al cosmopolitismo: hacia una ética cosmopolita. *Utopía y praxis latinoamericana*, 16(54), 127-138.
- Sandoval, J.** (2013). Una perspectiva situada de la investigación cualitativa en ciencias sociales *Cinta moebio* 46: 37-46. Recuperado de: www.moebio.uchile.cl/46/sandoval.html

Santos, B. D. S (2010). Desigualdad, exclusión y globalización: hacia la construcción multicultural de la igualdad y la diferencia. *Igualdad y no discriminación: el reto de la diversidad*, 3-51.

Stefoni, C. (2011). Ley y política migratoria en Chile. La ambivalencia en la comprensión del migrante. *La construcción social del sujeto migrante en América Latina: Prácticas, representaciones y categorías*, 79-citation_lastpage.

Stefoni, C., & Stang, F. (2017). La construcción del campo de estudio de las migraciones en Chile: notas de un ejercicio reflexivo y autocrítico. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (58), 109-129.

Villarme, S. (1999). Conocimientos situados y estrategias feministas. *REDEN: revista española de estudios norteamericanos*, 1999, n. 17-18, p. [219]-235. ISSN 1131-9674